



Por Ramón Bello Bañón

LO NO SANTO DE LA SEMANA (SANTA)

Muchos han optado por quedarse en casa.

Han renunciado a las breves vacaciones, al merecido descanso, al cambio de aires, a buscar temperaturas menos inestables que las nuestras. Han renunciado porque les han quitado las ganas de salir.

Por un lado, el tinte mortuorio que por estas fechas mantiene desde hace años la dirección general de Tráfico, con partes pormenorizados de accidentes, con detalles de muertos y heridos graves, viene aconsejando a los españoles no sólo la prudencia de vida sino también el medio sustitutivo del transporte.

Nada mejor que mejorar el tren de vida, buscando el tren. Pero el ferrocarril está atacado también por el síndrome de la huelga. No se sabe si Marcelino o Nicolás darán la orden desde sus despachos. No se sabe si bastará una nota interior a los delegados sindicales para que los trenes se paraliquen y el tren de vida, en lugar de mejorar, empeore. Y si usted desea arriesgarse, es posible que encuentre un piquete de esos llamados *informativos*, que le "convenza" de lo mejor:

Váyase usted a casa, que cuando pasen los días señalados, podrá usted volver a viajar.

Por huelgas, que no quede. También por los aires. También en centros asistenciales. También en la hostelería. En Albacete han cerrado todos los establecimientos, pero no por la Semana Santa, sino por el malestar que ha provocado la inspección fiscal *in situ*, es decir, al lado del cliente. Quiero decir que nunca he visto una manifestación, al tiempo del cierre, más cívica que ésta. Los manifestantes, que nos han dejado sin el café de la mañana, sin el aperitivo del almuerzo, sin el café de la tarde y sin la cerveza de la noche, es decir, que nos han dejado sin la chispa

Aviso

No hay foto.
Estamos en huelga.
Los fotógrafos

de la media vida de la cafeína, han pasado respetuosos por las calles céntricas y han terminado en la Delegación de Hacienda, que en su día fue Especial y ahora se ha quedado en Delegación a secas. Pero en su recorrido no ha habido nada disonante, ni un ripio mal pareado, ni un insulto al uso, ni el carnaval festivalero en que suele convertirse el ejercicio de este derecho constitucional y al tiempo mal y maleducado ejemplo ciudadano.

Queda lo más triste, y es pensar que con estas actitudes huelguísticas no suele conseguirse más que fastidiar e irritar al ciudadano que paga sus impuestos y que sigue siendo el sufrido destinatario de tanta majadería colectiva. Y si la Semana (menos Santa cada vez) significaba unos millones de divisas para el Erario Público y un respiro para los pequeños establecimientos de hostelería, ahora también el mirlo blanco extranjero se suele quedar en casa antes que correr la apasionante aventura de encontrar pasaje en un avión, hallar el hotel sin servicio, las gasolineras sin gasolina, el tren parado y el omnipresente Marcelino detrás de la pancarta. Y menos mal que tiene la fortuna de no saber castellano, ni vasco, ni gallego, ni catalán, y así, al menos no se entera de las notas mortuorias de la dirección general de Tráfico.

Cuando pase esta semana tan rápida, nos olvidaremos hasta que llegue la próxima. Ya verán entonces como todo se repite. Ya verán como oiremos otra vez ese hipócrita estribillo de "perdonen las molestias que les podamos causar, pero comprendan nuestras razones". Las molestias pueden causárselas al señor Solchaga, o al señor Croissier, o al señor Romero, o al señor García Vargas. Pero, no. A esos señores no se les causan las molestias. Los molestados son, como en el infierno de Sartre, "los otros", nosotros.